



El Señor dio la Palabra:

Un estudio sobre la historia del texto bíblico
por Malcolm H. Watts

Contenido:

[El Antiguo Testamento](#)

- La primera lengua
- Materiales de escritura
- Revelación
- Doctrina gemela
- Puesta por escrito
- Los originales
- El templo
- Significado del arca
- Un solo libro
- Copias
- El trabajo de los escribas
- Pérdida de los originales
- La gran sinagoga
- Los célebres masoretas
- Un texto masorético
- Resumen del Antiguo Testamento

[El Nuevo Testamento](#)

[La Versión Reina Valera](#)

La Biblia es la eterna Palabra de Dios. Le ha sido entregada por Dios al hombre para que fuera la norma absoluta, suprema, autorizada, infalible e inmutable para la fe y la práctica. En este artículo remontaremos la historia de la Biblia desde sus orígenes en la propia revelación divina, a través de su corporización en forma escrita por inspiración sobrenatural, hasta su transmisión precisa hasta el presente por preservación providencial. Es nuestra firme creencia que, si bien las tormentas de la crítica siguen levantándose contra la Palabra de Dios, la humilde confianza del creyente en ella es justificable y fundamentada. Este sagrado volumen es, y siempre lo será, el Libro de Dios.

El Antiguo Testamento

La mayor parte del Antiguo Testamento fue escrita en hebreo, a veces denominada "la lengua de Canaán" (Isaías 19:18), o "la lengua judaica" (Isaías 36:11). Esta lengua probablemente se desarrolló a partir del hebreo antiguo hablado por Abram en Ur de los caldeos (Génesis 14:13); diversos académicos consideran que este hebreo antiguo antecedió a Abram, y que era la "una lengua" y "unas mismas palabras" de las épocas anteriores a Babel (Génesis 11:1). En otras palabras, la consideran el idioma original del hombre.

La primera lengua

La evidencia de respaldo para esto es bastante sólida. *En primer lugar*, en hebreo los nombres de los animales expresan de manera muy precisa su naturaleza y características, ciertamente, más que en cualquier otro idioma antiguo. Esto se vincularía con el hecho de que Adán, a poco de su creación, designó a los animales observando las cualidades y características peculiares de cada una de las especies (Génesis 2:19-20). *Segundo*, los nombres propios, como Adán, Eva y Caín, tienen significados importantes en hebreo, algunos de los cuales les fueron en realidad asignados en las Escrituras del Antiguo Testamento (Génesis 2:23; 3:20; 4:1). *En tercer lugar*, los nombres de diversas naciones antiguas parecen ser de origen hebreo, al derivar de los hijos y nietos de Sem, Cam y Jafet, como por ejemplo, los asirios de Asur, los elamitas de Elam y los arameos de Aram.

En consecuencia, *puede* argumentarse que la primera lengua que se habló y oyó en este mundo haya sido alguna forma de hebreo; pero sea como fuere, es un hecho indiscutible que prácticamente todo el Antiguo Testamento está escrito en hebreo. Las únicas excepciones están en arameo (un idioma cercano, de la misma familia que el hebreo), que de hecho reemplazó al hebreo en la época del cautiverio. Estas excepciones son dos partes del libro de Esdras (4:8-6:18; 7:12-26), que se explican al ser el arameo el idioma oficial del imperio persa; un versículo de Jeremías (10:11), donde aparece la cita de un proverbio arameo, y una sección bastante grande del libro de Daniel (2:4 a 7:28), en la cual se utiliza el arameo, probablemente dado que la sección completa trata de las naciones del mundo.

Materiales de escritura

Ahora bien, ¿sobre qué se escribieron las antiguas Escrituras? Originalmente, las Escrituras del Antiguo Testamento parecen haber sido escritas sobre papiro. Éste se hacía con juncos que crecían en las márgenes del Nilo. Los juncos se cortaban en tiras, y se colocaban línea sobre línea en ángulo recto; luego, se los golpeaba, prensaba y pulía para formar una especie de papel primitivo. Sabemos que el papiro era utilizado en Egipto hace mucho tiempo, ciertamente en tiempos de Moisés, y en consecuencia es probable que los documentos del Antiguo Testamento se escribieran sobre este material. En caso contrario, habrían sido escritos sobre cueros de animales, que se utilizaban alrededor de 2000 a.C. Se llegó a preferir los cueros porque duraban más y no resultaban tan frágiles, y de esa forma, conservaban más perfectamente el texto.

Revelación

Sabemos que Dios es el mayor de los seres. Dice la Escritura: "¿Alcanzarás tú el rastro de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?" (Job 11:7). Y la respuesta que se presume es, por supuesto, "no". Ni con todo nuestro ingenio podemos descubrir al Dios infinito. Él está mucho más allá de nuestra humana comprensión. ¿Esto quiere decir, entonces, que no tenemos esperanza de conocerlo? Afortunadamente, no significa eso. Si bien no podemos, ni siquiera con una intensa investigación, descubrir a Dios, Él *puede* hacerse conocer por nosotros. Como fuente de toda verdad, Él puede enseñarnos sobre Su propio Ser maravilloso, y en consecuencia, como lo dice el Salmista: "En tu luz veremos la luz" (Salmos 36:9). Esto nos trae, de manera muy natural, a la doctrina de la revelación.

Una definición concisa pero acertada de la revelación proviene de la pluma del Dr. James Bannerman, quien escribió: "La revelación, en cuanto acto divino, es la presentación de la verdad subjetiva al hombre de una manera sobrenatural, por parte de Dios. La revelación, en cuanto efecto de dicho acto, es la verdad objetiva así presentada".¹

Ahora bien, la revelación es de dos tipos. En primer lugar, existe una *revelación general*. Esta proviene en parte de lo exterior a nosotros, del mundo que nos rodea. En las obras de creación y providencia, Dios muestra algo de Su divinidad y perfección. "Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas" (Romanos 1:20; cf. Salmos 19:1; Hechos 14:27). Al mirar las diversas partes de este universo visible, nos vemos obligados a pensar, con temor reverencial, en el divino Arquitecto y Hacedor. Una revelación general adicional proviene de nuestro interior. Hechos a imagen de Dios, contamos con un cierto sentido natural de Dios, la inmortalidad y la diferencia entre el bien y el mal. Somos, como dice Pablo, una ley a nosotros mismos, porque "la obra de la ley" está escrita en nuestros "corazones", "dando testimonio juntamente nuestras conciencias" (Romanos 2:14,15).

Se dice que tal revelación es general: no sólo porque se hace de manera general en todo el mundo, sino también porque trata únicamente de cosas generales. No dice nada sobre aspectos específicos, como la reconciliación con Dios, el perdón de los pecados, o el camino al cielo.

No obstante, en Su maravillosa misericordia, Dios se ha complacido en otorgar la *revelación especial*. Esta también es tanto externa como interna. La revelación especial externa llegó a través de "teofanías", ya que Dios verdaderamente se apareció ante los hombres, y también a través de "voces", cuando Dios les habló. "Y apareció Jehová á Abram, y le dijo: A tu simiente daré esta tierra..." (Génesis 12:7; cf. 3:8-19). La revelación especial interna llegó a hombres elegidos a través de visiones, sueños y cargas. Como el mismo Dios dijo: "...si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él." (Números 12:6). Las "cargas" eran mensajes de peso que se entregaban en la mente y el corazón. Por ello, leemos: "Carga de la palabra de Jehová contra Israel, por mano de Malaquías" (Malaquías 1:1). La revelación especial satisface las necesidades más profundas de los corazones de los hombres. Responde a la pregunta antigua como el alma del hombre: "¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?" (Job 9:2). A través de la revelación general y especial (que llegó a su clímax, por supuesto, en la Encarnación), Dios nos ha entregado graciosamente una divina divulgación de Sí, y ha hecho conocer el camino de Su salvación.

Doctrina gemela

Existe una doctrina gemela que debemos considerar ahora: la inspiración, a la que el profesor Louis Gausson una vez definió como "ese poder inexplicable que el Espíritu Divino hizo crecer antiguamente en los autores de la Sagrada Escritura, para guiarlos incluso en el empleo de las palabras que utilizaban, y para resguardarlos por igual de todo error y de toda omisión".²

La inspiración, por lo tanto, es el *proceso* por el cual Dios ejerce una influencia sobrenatural sobre ciertos hombres, permitiéndoles que registren de manera exacta e infalible lo que se les haya revelado. "Los

santos hombres de Dios” leemos, “hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). El *resultado* de este proceso es la Palabra de Dios escrita, “la escritura de verdad” (Daniel 10:21). Inmediatamente viene a la mente la clásica declaración del apóstol: “Toda escritura es inspirada divinamente” (2 Timoteo 3:16).

La Escritura inspirada es el libro de la revelación de Dios. Como resultado de la revelación y la inspiración, podemos sostener la Biblia en nuestras manos, y saber que estamos en posesión de la Palabra de Dios escrita.

Puesta por escrito

El primer ejemplo registrado de dicho proceso de puesta por escrito se encuentra en Éxodo 17:14, donde, a poco de la guerra con los amalequitas, el Señor dijo a Moisés: “Escribe esto para memoria en un libro...” Nuevamente, en Éxodo 24:4, leemos cómo “Moisés escribió todas las palabras de Jehová”. Y una vez más, en Éxodo 34:27, el Señor le dijo: “Escribe tú estas palabras...” Y así podríamos seguir. Hay muchos otros pasajes que muestran que Moisés escribió mucho más, incluso la totalidad del Pentateuco, es decir los primeros cinco libros de la Biblia (por ejemplo, Deuteronomio 31:9,24-26; Números 33:1,2).

Los originales

Una vez escritos, los originales inspirados, o “autógrafos” (como se los denomina), fueron conservados cuidadosamente. El rollo de Moisés, por ejemplo, fue entregado a los sacerdotes que lo depositaron cerca del arca sagrada. Leemos en Deuteronomio 31:25,26 que “Mandó Moisés a los Levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, diciendo: Tomad este libro de la ley [el libro que había escrito], y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios, y esté allí por testigo contra ti” (cf. Josué 1:8; 1 Reyes 2:3; Nehemías 8:1).

Tras Moisés vino Josué, el autor del libro que lleva su nombre; y hacia el fin de su vida, según Josué 24:26, hizo exactamente lo mismo que había hecho una vez Moisés. Tras hacer un agregado al rollo de Moisés, hizo que se volviera a colocar ese rollo en el santuario. “Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios; y tomando una grande piedra, la levantó allí debajo de un alcornoque que estaba junto al santuario de Jehová”.

No pasó mucho antes de que hubiera otro agregado, esta vez por parte de Samuel, quien “recitó luego al pueblo el derecho del reino, y los escribió en un libro, el cual guardó delante de Jehová” (es decir, en presencia de Dios, en el sector más sagrado y al lado del arca del pacto; 1 Samuel 10:25).

El templo

Cuando se cambió el tabernáculo por el templo, estos originales preciosos parecen haber sido transferidos a una construcción más permanente. Puede haber una referencia a ellos en 2 Reyes 22:8, donde se registra al sumo sacerdote Hilcías diciendo: “El libro de la ley he hallado en la casa de Jehová”. Algunos académicos han sugerido que el “libro de la ley” era la copia original de Moisés, que los sacerdotes habían ocultado durante los reinos perversos de Manasés y Amón, y que recién ahora se había descubierto y llevado a conocimiento del rey³. En 2 Crónicas 34:14, se lo denomina “libro de la ley de Jehová dada por la mano de Moisés”

Significado del arca

El Dr. W. H. Green señala que conservar estos documentos en este lugar sagrado estaba “de acuerdo con los usos de las principales naciones de la antigüedad”. Alude al hecho de que “los romanos, griegos,

fenicios, babilonios y egipcios tenían sus escritos sagrados, que eran celosamente conservados en sus templos, y confiados al cuidado de funcionarios especialmente designados para ese propósito".⁴

Había, no obstante, razones más importantes por las cuales se confinaron los rollos en este lugar.

El arca estaba guardada en el divino santuario, y por lo tanto a los escritos colocados al costado del arca se *los asociaba particularmente con Dios*. Él es indudablemente el autor de las Escrituras. Lo que Él dijo y lo que dicen las Escrituras es la misma y única cosa (Romanos 9:17; Gálatas 3:2). Aquí, entonces, está la Palabra escrita de Dios, y en conjunto, estos libros inspirados pueden ser llamados "la palabra de Dios" (Romanos 3:2; cf. Hechos 7:38).

Los piadosos israelitas entendieron que el arca era el trono de Dios (Éxodo 25:22; Salmos 80:1). El hecho de que estos escritos se colocaran al lado del arca sugería que eran *divinamente autoritativos*. La Escritura posee una enorme autoridad. Demanda de los hombres una fe sin dudas en sus enseñanzas, y una resuelta obediencia a sus preceptos. Cada alma debe inclinarse ante ella. "Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel; la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos..." (Salmos 78:5).

Más aún, como las Escrituras estaban colocadas cerca del arca, en el corazón del tabernáculo o templo, estaban separadas de todos los libros comunes. Manifiestamente se las había declarado *sagradas*. Ciertamente, la Palabra de Dios escrita es pura y sublime. Es verdad, sin ninguna mezcla de error. "Las palabras de Jehová, palabras limpias; plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces" (Salmos 12:6). Los escritos inspirados deben ser reverenciados siempre como "las Sagradas Escrituras" (2 Timoteo 3:15).

El arca, por supuesto, tenía su cubierta donde se rociaba la sangre del sacrificio (Éxodo 25:21); y los libros se colocaban cerca, tal vez sugiriendo que explicaban la doctrina de la expiación y establecían *la única forma de acercamiento a Dios*. "Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día: y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados..." (Lucas 24:46,47).

Un pensamiento final: los rollos habrían estado bajo las alas de los querubines (Éxodo 25:18-20), una indicación de que estaban divinamente *salvaguardados y preservados*. Aunque actualmente a menudo se la niega, se debe creer y declarar con audacia la doctrina de la preservación de la Escritura. "El Antiguo Testamento en hebreo... y el Nuevo Testamento en griego... al estar inmediatamente inspirados por Dios, y al haberse mantenido por Su singular cuidado y providencia puros en todas las épocas (La Confesión de Fe de Westminster, Cap. 1; Secc. 8). Nuestro Dios mismo dijo: "hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas" (Mateo 5:18; cf. Salmos 119:152; Isaías 40:8).

Un solo libro

Dios siguió inspirando a los hombres hasta que hubo una maravillosa colección de libros (1 Crónicas 29:29; 2 Crónicas 9:29, 12:15; Isaías 30:8; Jeremías 36:1,2). Los primeros escritos de Moisés datan de alrededor de 1450 a.C., en tanto el escrito de Malaquías se habría finalizado en alguna fecha alrededor de 450 a.C. De manera que fue por aproximadamente 1000 años que Dios se comunicó graciosamente con los hombres y, por la influencia sobrenatural de Su Espíritu, hizo que sus comunicaciones se escribieran, libres de todo error tanto fáctico como doctrinal. Estos escritos fueron luego maravillosamente preservados. Sólo nos queda observar aquí que, desde el principio, esta colección fue considerada como básicamente un solo libro, llamado "el libro de Jehová" (Isaías 34:16).

Copias

La primera vez que se menciona la copia es con respecto a los Diez Mandamientos, escritos originalmente por supuesto en tablas de piedra por la mano de Dios. Como estas primeras tablas habían sido rotas, el Señor encomendó a Moisés que cortara unas nuevas, y el Señor escribió en ellas las mismas palabras. Fue entonces que Dios estableció las reglas para el copiado: la copia debe ser "conforme a la primera escritura" (Deuteronomio 10:4). Y tenemos fundamentos sólidos para creer que esta regla se hizo cumplir estrictamente. Cuando el mensaje escrito de Jeremías fue destruido por Joacim, Dios ordenó al profeta que hiciera otra copia, pero al hacerlo, estipuló que la copia debía ser exacta. "Vuelve a tomar otro rollo", dijo, "y escribe en él todas las palabras primeras, que estaban en el primer rollo" (Jeremías 36:28). Acorde a ello, Baruc (el escriba de Jeremías) volvió a escribir, al dictado del profeta, todas las palabras que habían sido escritas en el primer rollo (36:32, el segundo rollo era por lo tanto una copia precisa del primero, aunque en esta ocasión Baruc añadió material adicional del ministerio inspirado de Jeremías). Así es que se hicieron copias, no sólo de los Diez Mandamientos sino también de otras partes de la Escritura. Una copia del libro del Deuteronomio, o quizás incluso la totalidad del Pentateuco, debía estar en manos de cada uno de los reyes de Israel. "Y será, cuando se asentare sobre el solio de su reino, que ha de escribir para sí en un libro un traslado de esta ley, del original de delante de los sacerdotes Levitas; y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida" (Deuteronomio 17:18, 19; cf. 2 Crónicas 23:11). Los originales, por supuesto, estaban a cargo de "los sacerdotes levitas"; y cuando dice: "ha de escribir para sí un traslado de esta ley", probablemente no quiera decir que él debería hacerlo por sí mismo, sino que debía disponer que alguien lo hiciera por él (cf. 1 Samuel 1:3; 13:9; 1 Reyes 8:62; Juan 19:19, donde se dice que ciertos hombres hacen lo que, en el caso, casi con certeza es realizado por otros).

A fin de actuar debidamente, los jueces habrían necesitado acceso a las diversas leyes de Moisés (2 Crónicas 19:10), al igual que los sacerdotes, especialmente aquellos enviados con ciertos levitas a enseñar en las ciudades de Judá (2 Crónicas 17:7-9). En el último caso, específicamente se dice que "enseñaron en Judá, teniendo consigo el libro de la ley de Jehová" (v 9). No podemos suponer que sólo los funcionarios poseían copias de las Escrituras. Hay evidencias que sugieren que los creyentes por lo general tenían acceso a los libros bíblicos (Salmos 1:4, Salmos 119).

El trabajo de los escribas

Los originales, como ya hemos observado, se denominan "autógrafos". A las copias se las conoce como "apógrafos". Está claro que se puso un gran cuidado en la copia de las Escrituras. Al principio los sacerdotes eran responsables de ello (Deuteronomio 17:18), pero posteriormente los escribas (en hebreo: *sopherim*, de *saphar*, escribir) asumieron ese rol, como indica el lenguaje de Jeremías, el profeta: "¿Cómo decís... la ley de Jehová es con nosotros? Ciertamente, he aquí que en vano se cortó la pluma, por demás fueron los escribas" (Jeremías 8:8). Aquellos designados como escribas originalmente tenían muchas y diversas responsabilidades. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, tendieron a concentrarse en el trabajo de transcripción, y por ello un hombre como Esdras llegó a ser llamado "escriba de las palabras mandadas de Jehová, y de sus estatutos a Israel" (Esdras 7:11).

Comprendiblemente, la demanda por copias de las escrituras se tornó muy grande. Los escribas en consecuencia se agruparon en "familias" o "gremios", combinando sus esfuerzos para garantizar los mejores resultados posibles (1 Crónicas 2:55). Su experiencia en este campo, junto con su profunda reverencia por la Sagrada Escritura, determinó la producción de copias verdaderamente excelentes. De hecho, sólo se confiaba en los rollos procedentes de esta clase de escriba.

Cabe destacar aquí que, en el propósito y providencia de Dios, los judíos cuidaron de sus escritos sagrados en mayor medida que ningún otro pueblo del mundo antiguo.

Se alcanzó tal precisión que las copias de los escribas podían ser citadas como la verdadera Palabra de Dios, y en consecuencia divinamente autoritativa. In 1 Reyes 2:3, David ordena a Salomón, su hijo: "Guarda la ordenanza de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y

mandamientos, y sus derechos y testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés.” Ahora bien, el rey Salomón sólo habría tenido acceso a una copia, como se menciona en Deuteronomio 17:18,19; pero obsérvese cómo a esta copia se la describe como lo que está “escrito en la ley de Moisés”. Se había tenido un cuidado tan meticuloso en la copia que el manuscrito resultante conservaba la autoridad del original. Era la Palabra de Dios y como tal se la podía citar.

Pérdida de los originales

Jerusalén cayó ante los babilonios en 586 a.C. La ciudad sufrió enormes daños, y el gran templo construido por Salomón fue destruido por completo (2 Crónicas 36:17-19). Si bien no se menciona en la historia, es casi seguro que los escritos originales perecieron junto con la ciudad. Sin embargo, no todo se había perdido. Para esa época se habían hecho numerosas copias, y algunas de ellas habían sido llevadas a la tierra del cautiverio, porque encontramos a Daniel que cita de lo que debe haber sido una copia de la Ley de Moisés (Daniel 9:11), y también haciendo mención a la profecía de Jeremías, copia de la cual debe haber tenido en su poder (9:2).

En 537 a.C., los judíos comenzaron el regreso de su cautiverio, y sabemos que Esdras volvió a establecer el culto “conforme a lo escrito en el libro de Moisés” (Esdras 6:18). Esto sugiere que todavía tenían copias de las Escrituras, y que podían consultarlas al tomar las disposiciones para el culto para el segundo templo. Según Nehemías 8:1, el pueblo de hecho pidió a Esdras que trajera “el libro de la ley de Moisés, la cual mandó Jehová a Israel”. Éste no era el original, sólo una copia, pero no obstante significativamente se lo describe como “la ley de Moisés”. De tales Escrituras concluimos que Dios había preservado maravillosamente Su Palabra.

La Gran Sinagoga

La historia del Antiguo Testamento finaliza en forma un tanto abrupta con el regreso desde el cautiverio; no obstante, según los últimos libros, Esdras parece haber asumido la presidencia de un cuerpo de estudiosos y sabios (Nehemías 8:4,7,13; cf. Esdras 7:6,11,22). La tradición judía nos informa que, tras el regreso del pueblo judío, Esdras creó la Gran Sinagoga con miras a reorganizar la vida religiosa de la nación. Este concejo, porque eso es lo que era en realidad, constaba de 120 miembros, e incluía a los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías. Los “Hombres de la Gran Sinagoga” reunieron todas las copias de la Sagrada Escritura que pudieron encontrar, y las sometieron a detallados exámenes y comparaciones. Muchos errores menores, cometidos inadvertidamente, fueron ahora corregidos. Estos errores eran por ejemplo la omisión de una letra, una palabra o incluso una línea. Que se hubieran deslizado en algunos manuscritos no es sorprendente, si recordamos que existen como mínimo ocho pares de letras hebreas que son similares, al punto incluso de ser casi idénticas. El más concienzudo de los escribas no estaba exento de cometer algún pequeño error. No obstante, en última instancia las copias fueron sometidas a un proceso de corrección, y si se encontraba alguna particularmente errónea, se la enterraba en una “*genizah*”, un sitio sagrado cerca de una sinagoga judía. Como resultado del trabajo de la Gran Sinagoga, el Segundo Templo parece haber sido provisto de un texto muy similar al último texto hebreo recibido.⁵

Para la época en que nuestro Señor entra en escena, había disponibles muchas copias. El Señor Jesús constantemente apelaba a las Sagradas Escrituras. Leía de ellas en las sinagogas (Lucas 4:16); las citaba en Su ministerio público (Mateo 19:3-5; 21:16,42); y exhortaba a Su audiencia a que las leyeran por sí mismos (Juan 5:39). No puede haber duda alguna de que Él consideraba a las copias existentes la verdadera Palabra de Dios. Si bien Él corrigió las glosas e interpretaciones de los fariseos, *ni siquiera una vez cuestionó la integridad del texto hebreo*. Fue capaz de decir: “Escrito está” (Mateo 4:4,7,10), y nuevamente, “la escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). Lo mismo se aplica, por supuesto, a los Apóstoles (Hechos 1:16, 4:25, 28:25; Hebreos 1:1,6,7; etc.).

Podría argumentarse que esto prueba demasiado, en la medida en que el Septuaginto (LXX: la traducción en griego del Antiguo Testamento hecha por judíos alejandrinos alrededor de 250 a.C.) también se cita constantemente en el Nuevo Testamento sin que se lo cuestione ni una sola vez. Por lo tanto, sobre la misma premisa, ¿no podría decirse que esto indica un respaldo al Septuaginto en el carácter de un texto inspirado y fiel? No, ese razonamiento contiene un grave defecto. El hecho es que hay diversos lugares en el Nuevo Testamento donde la versión del Septuaginto parece haber sido deliberadamente rechazada, por ejemplo Mateo 2:15, donde el LXX dice: "De Egipto llamé a sus hijos"; Romanos 10:15, donde el LXX dice: "Estoy presente como una estación de belleza en las montañas, como los pies del que predica alegres nuevas de paz, como uno que predica buenas nuevas". Véase también: Romanos 11:4; 1 Pedro 4:8).

En tanto algunas citas del Nuevo Testamento muestran preferencia por la versión del Septuaginto, se encontrará que la variación en estos casos es muy leve, y de ninguna manera en el sentido (por ejemplo, Mateo 15:8,9, en hebreo: "...su corazón han alejado de mí, y su temor de mí se ha convertido en precepto de los hombres, una cosa que se enseña"; Hechos 13:34, en hebreo: "Os daré las misericordias seguras de David", pero el texto griego del Nuevo Testamento en realidad cita al Septuaginto aquí, como en el *margen* de la Versión Autorizada en inglés: "[Os daré]... las cosas sagradas de David, las cosas seguras").

"No encontramos", comenta el Dr. Roger Nicole, "ningún ejemplo de una deducción o aplicación del Nuevo Testamento inferido lógicamente del Septuaginto y que no pueda mantenerse sobre la base del texto hebreo". Concluye: "El uso del LXX en las citas no indica que los escritores del Nuevo Testamento hayan considerado esta versión como inspirada en sí misma... Pero su disposición para hacer uso del LXX, a pesar de sus ocasionales defectos, enseña la importante lección de que el mensaje básico que Dios pretendía entregar puede ser transmitido incluso a través de una traducción, y que puede apelarse a una versión en la medida en que concuerde con el original".⁶

Volviendo a nuestro punto anterior: el respaldo dado por Nuestro Señor y Sus apóstoles al texto hebreo del siglo I muestra que ese texto era tan fiel como confiable.

Los célebres masoretas

Como hemos visto, Dios convocó a escribas, o *sopherim*, para producir un texto notablemente puro. Fue responsabilidad de otros continuar su tarea y dar los pasos necesarios para la preservación del texto. Estos fueron los masoretas, un nombre derivado del término hebreo "*Massorah*", que significa "tradición". Eran familias de académicos y críticos de texto judíos, que finalmente abrieron academias, una en Tiberias (en la costa del mar de Galilea) y otra en Babilonia (en el Este). Nadie sabe exactamente cuándo aparecieron los masoretas. Algunos creen que se puede remontar su origen al siglo I d.C. Otros datan sus inicios en una fecha posterior, alrededor de 500 d.C. Sea cual fuere la correcta, el logro de los masoretas es lo que verdaderamente importa.

Jerusalén había sido destruida en 70 d.C. Como resultado, los judíos se dispersaron en los diversos países del imperio romano. Los masoretas sabían que estos judíos dispersos y las generaciones subsiguientes requerirían copias de las Sagradas Escrituras, y creían que podían hacerse ciertas cosas para garantizar la preservación del texto hebreo puro. Con esto en mente, recopilaron información vital sobre el texto, y establecieron reglas detalladas para su copia correcta. Ellos introdujeron los puntos vocales (el hebreo no tiene vocales), fijaron los acentos (para garantizar una pronunciación correcta), explicaron el significado de las palabras (donde había ambigüedad), aportaron lecturas marginales (para eliminar la oscuridad) y marcaron las pausas previstas (que a menudo afectan el significado). Fueron tan meticulosos en sus estudios que incluso contaron los versículos, palabras y letras del Antiguo Testamento, consignando por ejemplo que Aleph aparece 42.377 veces, Beth, 38.218 veces, Gimel, 29.537 veces y así sucesivamente.

Los copistas debían seguir las estrictas reglas del Talmud, entre las que se incluían las siguientes: sólo podían utilizarse los cueros de animales limpios; cada cuero debía contener la misma cantidad de columnas; no debía haber menos de cuarenta y ocho ni más de sesenta líneas; la tinta negra debía ser preparada según una receta específica; no debía escribirse ninguna palabra ni letra de memoria; si apenas una letra se omitía, o se la insertaba incorrectamente, o incluso si una letra tocaba a otra, la hoja debía ser destruida; tres errores en una página significaban que el manuscrito completo estaba condenado; y la revisión de la copia debía tener lugar dentro de los 30 días, porque en caso contrario debía ser rechazada. El manuscrito que sobrevivía a este proceso no podía ser más que sorprendentemente exacto.

Un texto masorético

El propósito de los masoretas era preservar el Antiguo Testamento contra toda forma de alteración; y fue para garantizar dicho objetivo que hicieron su recopilación de notas detalladas (la *Massorah*). Los judíos denominaron “El cerco de la ley” al trabajo terminado. Como resultado de su trabajo, hoy contamos con un texto estándar y tradicional.

El texto del cual se tradujo la Versión Autorizada se denomina el Texto Ben Chayyim (por Jacob ben Chayyim, en cuya editora se imprimió en 1524-5), y es similar al Texto de Ben Asher (que vivió en el siglo X en Tiberias, en Palestina, y junto con otros miembros de su familia estableció una edición exacta del texto masorético). Es un texto fiel y confiable.

A través de la especial providencia de Dios, podemos decir confiadamente que en el *texto masorético en hebreo* tenemos un texto muy cercano al original hebreo.

Resumen del Antiguo Testamento

Resumiendo, entonces, ¿qué medios utilizó Dios para garantizar la preservación de Su Palabra?

El primero fue la profunda reverencia de los judíos por las Sagradas Escrituras. Los judíos literalmente temblaban ante la Palabra escrita. Según Filo y Josefo, estaban dispuestos a sufrir cualquier tormento, o incluso la muerte, antes que cambiar nada en las Sagradas Escrituras. Dios utilizó esta reverencia por el texto para impedir que se lo falsificara y corrompiera.

Segundo, estaban los solemnes mandatos de las Escrituras, como por ejemplo Deuteronomio 4:2: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella”. Estos mandatos, emitidos con autoridad divina, instilaron un genuino temor en el corazón de los hombres.

Tercero, estos rollos fueron colocados en el Lugar Santísimo. Al no haber otro lugar más sagrado en la tierra, los pusieron fuera de la interferencia de cualquier mano.

Cuarto, el absoluto profesionalismo de los escribas y los masoretas garantizaba y preservaba un texto puro. Eran grandes estudiosos, preparados en la ley divina y reverenciados como intérpretes de las Sagradas Escrituras.

Quinto, estaba la supervisión de los profetas. Durante todo el periodo del Antiguo Testamento, los profetas ejercieron un ministerio exclusivo y pudieron controlar el proceso de copia. Ellos habrían detectado rápidamente cualquier error de transcripción.

Sexto, los judíos repetían constantemente sus Escrituras, como muestra claramente Deuteronomio 6:7: “Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”. Estas repeticiones creaban tal familiaridad con el texto que incluso si

se hubiera alterado una sola palabra, ello habría sido detectado de inmediato y, sin duda alguna, habría surgido una protesta fuerte e incluso vehemente.

Séptimo, Cristo y Sus apóstoles confirmaron las Escrituras como fueron recibidas en sus tiempos. El texto estándar utilizado por ellos es exactamente el mismo que usamos hoy. Su cita sin hesitaciones de él como la Palabra de Dios es un sello indudable de autenticidad y confiabilidad.

Éstas y otras consideraciones nos llevan a considerar que Dios ha conservado maravillosamente el texto del Antiguo Testamento. Cuando se lee el Antiguo Testamento, según el texto masorético, podemos creer que estamos leyendo y escuchando la Palabra de Dios. Sin importar cuán interesantes puedan ser, no debemos aceptar las *interpretaciones peculiares* de los Rollos del Mar Muerto, de la versión latina o de cualquier otra fuente.

Dios ha *preservado* Su Palabra. No debe entenderse que esto tiene el significado de que, a lo largo de la historia, Dios hizo repetidos milagros, ni que Él haya "inspirado" a los diversos rabinos y escribas que trabajaron en el texto. Concedemos que los autógrafos han desaparecido hace mucho, y que algunos errores se han deslizado en las copias que actualmente tenemos a nuestra disposición. Por lo tanto existe la necesidad de una crítica textual. La doctrina de la "preservación providencial" requiere una cuidadosa definición. ¿Qué queremos decir exactamente con esto? Aquí, citaré las palabras del profesor John H. Skilton: "Dios que nos dio las Escrituras, quien obra todas las cosas tras el consejo de su voluntad, ha ejercido un cuidado destacado sobre su Palabra, la ha preservado en todas las épocas en un estado de pureza esencial, y ha permitido que logre el objetivo para el cual la entregó".⁷

El texto hebreo, entonces, fue entregado originalmente por Moisés y los profetas; fue fielmente copiado por los escribas, estandarizado por Esdras junto con los Hombres de la Gran Sinagoga, respaldado por Nuestro Señor y Sus apóstoles, y editado con meticuloso cuidado por los masoretas. La ortodoxia requiere que afirmemos con audacia nuestra fe en el Antiguo Testamento según lo traducido por el texto hebreo masorético.

[Regreso al inicio](#)

El Nuevo Testamento

El Señor Jesucristo atribuyó autoridad inspirada a las Escrituras del Antiguo Testamento (Mateo 5:18; 15:3; Marcos 12:36; Juan 10:35). También prometió que, tras Su regreso al cielo, enviaría el Espíritu de Dios para comunicar más verdades a Sus siervos elegidos, y les permitiría registrarlo. Esto proporcionaría a la Iglesia cristiana una guía infalible. "El Consolador", dijo Él, "el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho" (Juan 14:26; cf. 16:12,13).

Al principio existía solamente la enseñanza oral. No obstante, pronto fue evidente que la verdad cristiana debía ser plasmada por escrito. Por una parte, los apóstoles (testigos de Nuestro Señor en los días de Su encarnación) empezaban a viajar a tierras lejanas, y en poco tiempo la muerte los haría desaparecer a todos (2 Timoteo 4:6; 2 Pedro 1:14); por otra, el número siempre creciente de nuevos conversos e iglesias necesitaba una instrucción regular, detallada e integral (Lucas 1:3,4; Hechos 1:1); y además, los escritos espurios y heréticos, incluso entonces en circulación, estaban causando una confusión doctrinal grave.(2 Tesalonicenses 2:1,2; 3:17).

El Espíritu Santo, anticipando todo esto, ejerció Su influencia sobrenatural sobre ciertos elegidos, de modo tal que escribieran lo que era infalible y carente de error. Así, al final de su Evangelio, Juan se

describe a sí mismo como “el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas”, y añade: “y sabemos que su testimonio es verdadero” (Juan 21:24,25; cf. 1 Corintios 14:37; Gálatas 1:20; Filipenses 3:1; 1 Juan 1:4; etc.).

La verdad cristiana por escrito

Así se generaron las Escrituras del Nuevo Testamento. Al principio fueron escritas en griego, el idioma común del Imperio Romano en la época de inicio del cristianismo. La escritura se consignó en materiales especialmente preparados: papiro (una sustancia similar al papel, fabricada a partir de la médula de la planta del papiro), y más adelante, pergamino (cuero animal, denominado “vitela” cuando es de calidad especialmente fina). En su forma exterior, los documentos habrían tenido el aspecto de rollos (si eran de papiro) o de libros (de ser de pergamino o vitela). El nombre técnico de estos últimos es “códices”. Con respecto a las plumas utilizadas, debían haber sido plumas de junco o de plumas de ave (hechas de tallos o rollos), y la tinta, casi con certeza debió haber sido negra, con base de carbón (preparada con hollín y mezclada con goma). Posteriormente, alrededor del siglo V, se utilizó una tinta metálica roja (preparada a partir de agallas de roble), pero aparentemente ésta sólo fue utilizada para dar énfasis.

Por supuesto, en el Nuevo Testamento hay referencia a “escritura”, “papel (papiro) y tinta”, y también a “libros” y “pergaminos” (es decir, pergaminos de cueros preparados). Véase 2 Timoteo 4:13; 2 Corintios 3:3; 2 Juan 12; y 3 Juan 13. Surge una pregunta interesante: ¿qué fue de estos documentos originales?

Los originales divinos

Reconocidos inmediatamente por los primeros cristianos como divinamente autoritativos (1 Corintios 14:37), estos textos fueron leídos en primer lugar por aquellos a quienes les habían sido enviados, ya fueren individuos o iglesias, y luego se los hizo circular de modo tal de que la mayor cantidad posible pudiera beneficiarse de las enseñanzas de los apóstoles (1 Tesalonicenses 5:27; Apocalipsis 1:3; Colosenses 4:16; 2 Pedro 3:15,16). Lamentablemente, estos originales (o “autógrafos”) no podrían haber sobrevivido mucho, en parte porque tendían a tornarse frágiles y el uso constante provocaba su desintegración, y en parte porque estaban expuestos a riesgos tanto accidentales como de persecución.

Puede que haya una referencia a los originales en un tratado fechado alrededor de 200 d.C. Tertuliano, uno de los Padres de la Iglesia primitiva, fue responsable de un tratado titulado: “De la prescripción contra los herejes”, y en el capítulo 36, escribió: “Ven ahora, tú que te permites una mejor curiosidad... recorre las iglesias apostólicas... en las cuales se leen sus propios escritos *auténticos*... Acaya está muy cerca de ti, (en ella) encontrarás Corinto. Como no estás lejos de Macedonia, tienes Filipos; (y allí también) tienes a los Tesalonicenses. Como puedes cruzar a Asia, tienes Éfeso. Como además, estás cerca de Italia, tienes Roma, de la cual viene a tus propias manos la verdadera autoridad (de los mismos apóstoles)”.⁸

Si bien algunos académicos lo niegan, otros afirman que aquí se hace referencia a los originales en griego. Tertuliano, se dice, urge a sus lectores a visitar esos lugares donde se guardan los originales, para ver así por sí mismos los escritos divinos y sagrados del Nuevo Testamento.⁹

Copia exacta

Sea como fuere, los manuscritos propios de los apóstoles casi con certeza no habrían durado mucho más allá del año 200 d.C. No obstante Nuestro Señor había indicado que las Sagradas Escrituras serían preservadas. “El cielo y la tierra pasarán”, dijo Él, “pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35; cf. 28:20; Marcos 8:38; 1 Pedro 1:23-25). Su preservación estaba garantizada, por supuesto, por un proceso de copia fiel y concienzudo.

Incluso en épocas apostólicas, los libros del Nuevo Testamento estaban en poder tanto de individuos como de iglesias. Pedro, de todas maneras, estaba familiarizado con la epístola de Pablo a los cristianos del Asia Menor (Gálatas, Efesios o Colosenses), y ciertamente, deja traslucir que conocía "todas las epístolas [de Pablo]". (2 Pedro 3:15,16). A la iglesia colosense se le dijo que la epístola de Pablo a ellos no debía ser considerada en sentido alguno como de su especial propiedad, sino que ella (casi con certeza una copia) debía ser "también leída en la iglesia de los Laodicenses". A los Colosenses se les dijo además "y a la de Laodicea [nuevamente, probablemente una copia] que la leáis también vosotros" (probablemente Efesios; Colosenses 4:16). Antes de que pasara mucho tiempo había colecciones de estos libros. Las iglesias cristianas necesitaban juegos enteros para la lectura en el culto público.

Esto está confirmado en forma indirecta por los escritos de los Padres Apostólicos del segundo siglo. En aras de la brevedad, sólo puede hacerse referencia a uno solo de ellos: Policarpo, discípulo del apóstol Juan. Al escribir a los filipenses, cita extensamente de los Evangelios y las Epístolas, y luego expresa su confianza en que los mismos filipenses están "muy versados en las Sagradas Escrituras".¹⁰ Para esta época con certeza se habían hecho copias, y la evidencia sugiere que se las hacía circular ampliamente.

Las primeras copias pueden haber sido hechas por los mismos apóstoles. Pablo, en su prisión romana, solicitó que se le llevaran "libros, mayormente los pergaminos" (2 Timoteo 4:13). J.P. Lilley sugiere que "los «pergamino» pueden haber sido *copias o porciones* de las Escrituras, o incluso *sus propias cartas* a las Iglesias".¹¹ También se supone, y con cierta probabilidad, que Juan preparó siete copias de su "Apocalipsis" y envió una a cada una de las siete iglesias del Asia Menor (Apocalipsis 1:4-6; 2:1,8,18, etc.).¹²

Si los mismos apóstoles no siempre fueron responsables por el copiado, luego es probable que la tarea a menudo fuera realizada por sus secretarios. Sabemos con certeza que a veces a éstos se los empleaba para escribir libros o cartas (Romanos 16:22; 1 Pedro 5:12). ¿Por qué no habrían de asistir con la tarea de copiado?

Los "escribas", originalmente equivalente a "secretarios" (Esdras 4:8; Ester 3:12; Jeremías 8:8), habían sido prometidos a la Iglesia cristiana. "He aquí", dijo Nuestro Señor, "yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas..." (Mateo 23:34; cf. 13:52). Podemos suponer que estos estaban entre los asistentes de Pablo. Ciertamente, el apóstol hace referencia a "Zenás, doctor de la ley, y a Apolos" (Tito 3:13). Los copistas transcribieron estos documentos con escrupuloso cuidado. ¿Cómo podemos estar seguros de esto? *En primer lugar*, estos libros del Nuevo Testamento fueron investidos de la misma santidad que las Escrituras del Antiguo Testamento (1 Timoteo 5:18 que cita Lucas 10:7, junto con Deuteronomio 25:4, como "escritura"; y 2 Pedro 3:16, que sitúa a las epístolas de Pablo en la misma categoría que "las otras escrituras"). *Segundo*, prácticamente todos los primeros copistas debían haber sido escribas judíos conversos o contratados, cuya reverencia por la Palabra escrita de Dios los obligaba a estudiar la perfecta precisión en la transcripción (Jeremías 36:28; cf. Deuteronomio 10:4). *Tercero*, los mismos escritos, al declarar que eran la Palabra de Dios escrita y autoritativa, emitían las prohibiciones más severas contra cualquier tipo de manipulación con el texto sagrado (1 Corintios 2:13; 2 Corintios 2:17; Apocalipsis 22:18,19). *Cuarto*, sabiendo que los apóstoles estaban todavía vivos y activos, los primeros copistas debieron haber tenido el mayor de los cuidados de producir manuscritos de primera calidad. *Quinto*, y para terminar, si al principio la tarea de hacer copias fue confiada a los compañeros de los apóstoles a los que se conocía como "evangelistas" (y según Eusebio era su responsabilidad "entregar [a los nuevos conversos] el libro de los divinos Evangelios"),¹³ debe recordarse que estos hombres recibieron los dones milagrosos del Espíritu Santo, y en consecuencia estaban especialmente equipados para preservar el texto inspirado (2 Timoteo 1:6, 4:5).

Más aún, hay un factor divino que no debe pasarse por alto. En Su misericordiosa y vigilante providencia, Dios evidentemente garantizó que el texto auténtico del Nuevo Testamento fuera transmitido a las futuras generaciones.

Variantes textuales

Sin perjuicio de todo esto, en ciertas copias efectivamente aparecieron errores, y a medida que se hacían más copias, empezaron a aparecer diversas variantes de lecturas. Por lo general se las clasifica como (1) cambios *no intencionales*, y (2) cambios *intencionales*. Los de tipo no intencional incluyen las palabras mal escritas, la confusión de letras, los cambios en el orden de las palabras, el uso de sinónimos o equivalentes verbales, y la omisión o repetición de letras, palabras, líneas o incluso secciones. Por lejos la mayor cantidad de variantes se debe a errores de este tipo por parte de los escribas.

No obstante, existen cambios intencionales, mediante lo cual queremos decir manipulaciones deliberadas con el texto sagrado, generalmente con miras al interés de una teología o doctrina particular. Dionisio, un ministro en Corinto, en una carta fechada alrededor de 168-170 d.C., deplora el hecho de que sus propias cartas hayan sido alteradas, y luego agrega: "No es maravilloso, por lo tanto, si algunos se han dedicado a alterar las Escrituras Dominicales".¹⁴ Un autor desconocido (algunos piensan que era Hipólito, pero otros, Gayo) escribe en algún momento alrededor de 230 d.C.: "Ellos (los herejes) metieron las manos sin temores en las divinas Escrituras, diciendo que las habían corregido".¹⁵ ¿Quiénes eran los herejes que se atrevieron a hacer tal cosa?

Algunos son prácticamente desconocidos, como Asclepiades, Teodoto, Hermófilo y Apolónides, pero otros eran muy conocidos, como por ejemplo algunos de los primeros gnósticos (que enseñaban la salvación a través de un conocimiento secreto): Basílides, Valentín y por supuesto Marción, quien aceptó como canon únicamente sus ediciones mutiladas del Evangelio de Lucas y 10 de las epístolas paulinas. "Marción utilizó en forma expresa y abierta el cuchillo, y no la pluma, ya que extirpó de las Escrituras lo que convenía a su propia argumentación".¹⁶

Reproducción del auténtico texto del Nuevo Testamento

Los maestros ortodoxos estaban plenamente conscientes de estas malintencionadas alteraciones, y las exponían tanto en sus enseñanzas como en sus escritos. Como resultado, a los manuscritos considerados defectuosos por lo general no se los utilizaba con fines de copia. Solamente aquellos que habían preservado fielmente el original se convirtieron en los documentos modelo a partir de los cuales se hacían múltiples copias.

¿Tenemos alguna evidencia, sin embargo, para creer que esto es ciertamente lo que ocurrió? Los primeros líderes cristianos ciertamente alegaron capacidad para evaluar los diversos manuscritos y decidir cuáles eran los mejores y más precisos. Por ejemplo, Ireneo en su gran obra "Contra las herejías" se refiere a "las copias más antiguas y aprobadas".¹⁷ El tipo de criterios utilizados para determinar un texto fiel habrían sido como los siguientes:

(1) *La identidad del copista*. Si se trataba de un cristiano ordinario, su copia probablemente contendría una cierta cantidad de errores. Si, por otro lado, se lo conocía por ser un asistente apostólico o escriba profesional, podía esperarse un alto grado de precisión.

(2) *La naturaleza del manuscrito a partir del cual se había hecho la copia*. En tiempos más antiguos ésta podría haber sido el original inspirado, pero posteriormente con certeza habría sido en sí misma una copia. Ahora bien, muchas de las copias eran lo que denominamos copias "privadas", es decir, las que tenían fines de uso personal y de devoción. Sin embargo, algunas eran copias "oficiales", de las cuales los ministros cristianos leían y predicaban en los servicios del culto público. Las últimas siempre demostrarían ser mucho más confiables que las primeras. Las copias hechas a partir de éstas irían a compartir mucho de su confiabilidad.

(3) *La cantidad de procesos de copiado que ya habían tenido lugar.* Una copia del original o una de las primeras copias del original tendría muchas más probabilidades de ofrecer un texto correcto que una copia con una línea de descendencia larga y complicada. Así, la copia más antigua no siempre se consideraba la mejor, porque podría haber sido copiada de otras del mismo periodo, en tanto una copia posterior podía haber sido copiada de una mucho más temprana, cercana al original.

(4) *El lugar donde se había encontrado la copia.* Las mismas iglesias se convirtieron en los custodios de la pura Palabra de Dios (como había sido antes el caso con las sinagogas locales); y si el documento copiado había sido conservado en una iglesia, se podía tener una razonable certeza de que se trataba de una transcripción reconocida, verdadera y adecuada.

(5) *La calidad general de la copia.* Algunas copias son manifiestamente erróneas. Están mal escritas, y llenas de errores del carácter más palpable. Quienquiera sea que las haya producido era ignorante o descuidado, o, por supuesto, ambas cosas. Estas copias no podían ser consideradas ni utilizadas como testigos veraces del auténtico texto del Nuevo Testamento. Las copias cuidadosamente escritas, no obstante, inspirarían confianza, y en consecuencia, se las transcribiría meticulosamente.

(6) *La concordancia con otras copias existente.* Sería un error asumir que el escriba tenía solamente un texto ante sí. En los primeros dos siglos hubo una rápida multiplicación de copias, de modo que era posible detectar lecturas extrañas mediante la comparación de ejemplares, y del mismo modo, evaluar qué habían escrito en realidad los escritores inspirados. Los primeros cristianos estaban en una posición mucho mejor que la nuestra para hacerlo. Después de todo, ellos tenían acceso a manuscritos que desde entonces han desaparecido.

(7) *La estrecha cercanía a un centro cristiano conocido.* Una copia hecha a distancia de los sitios donde los apóstoles y sus sucesores inmediatos habían ejercido su ministerio habría tenido las mayores probabilidades de haber sufrido profundos cambios o alteraciones; pero una copia hecha en un área de actividad temprana de la iglesia probablemente sería representante de una tradición textual pura.

Puede que los maestros ortodoxos de los siglos I y II no hayan tenido siempre acceso a los mejores manuscritos, pero parecen haber sabido cómo identificar "las copias antiguas y aprobadas". Se hicieron todos los intentos para utilizar el texto subyacente, con el resultado de que *la abrumadora mayoría de los primeros manuscritos griegos eran esencialmente concordantes. Por lo tanto podemos creer que el texto de la mayoría representaba el original con una precisión impresionante.*

Los manuscritos griegos sobrevivientes

Según una lista reciente, la cantidad total de manuscritos de todo o parte del Nuevo Testamento es 5488.¹⁸ Se los ubica en las categorías usuales:

(1) *Papiros.* Conforme a las estadísticas de 1989, se han catalogado 96. Casi todos son fragmentarios, si bien originalmente habrían aparecido en forma de códice o de libro. Se han descubierto principalmente en Egipto, donde el clima y la arena han ayudado a preservarlos. Al referirse a estos fragmentos, los académicos usan la letra "P" seguida de un número de serie: P1, P2, P3 y así sucesivamente.

El P52 (el denominado fragmento Rylands) es considerado el más antiguo. Mide sólo 2 1/2 por 3 1/2 pulgadas, y contiene unos pocos versículos del Evangelio de Juan (18:31-33, 37-38). Data de alrededor de 125 d.C.

Entre los más importantes están el P45, P46 y P47. Conocidos como los papiros bíblicos Chester Beatty (por Sir Chester Beatty, que los adquirió en 1930-1), contienen partes de los Evangelios, las Epístolas Paulinas y el libro del Apocalipsis. Otra colección importante es la de la Biblioteca Bodmer (adquiridos

por M. Martin Bodmer a partir de 1956). Ésta incluye el P66, páginas y fragmentos de un códice del Evangelio de Juan, escrito alrededor de 200 a.C., y el P72, una copia del siglo III de las Epístolas de Pedro y Judas, y posiblemente la más antigua que tengamos.

(2) *Unciales*. Existen 299 unciales conocidos. Escritos a comienzos del siglo IV sobre pergamino o vitela, en forma de códice o de libro, todos utilizan la caligrafía uncial, es decir, todos están escritos en letras mayúsculas, sin puntuación. A los primeros en realidad se los designa con letras mayúsculas junto con números de serie que comienzan con cero (por ejemplo, A-02). Los posteriores tienen simplemente números (por ejemplo 046).

Entre los que se encuentran en el Museo Británico está el Códice Alejandrino, A-02. Fue copiado en Egipto en la primera mitad del siglo V, y cuando estaba completo contenía la totalidad de la Biblia griega junto con una o dos obras apócrifas. Actualmente contiene prácticamente todo el Antiguo Testamento y la mayor parte del Nuevo (omite Mateo 1:1-25:6; Juan 6:50-8:52; 2 Corintios 4:13-12:7). El Patriarca de Alejandría obsequió este manuscrito a Carlos I en 1627.

Otro códice que data del siglo V es el Códice de Beza, D-05. En 1581, Teodoro Beza, sucesor de Juan Calvino, obsequió este manuscrito a la Universidad de Cambridge, donde aún se encuentra. Este códice tiene los textos en griego y latín (en la página izquierda el primero, en la derecha el segundo), y contiene la mayor parte de los Evangelios y el libro de los Hechos, junto con unos pocos versículos de 3 Juan. Los más famosos de los unciales son el Códice Sinaítico, Aleph-01 (Aleph es la primera letra del alfabeto hebreo), y el Códice Vaticano, B-03.

El Códice Sinaítico, que data de mediados o fines del siglo IV, contiene sólo una parte del Antiguo Testamento, pero la totalidad del Nuevo Testamento griego. Es el único manuscrito uncial completo del Nuevo Testamento que se ha conservado. Este códice egipcio fue escrito sobre vitela, con cuatro columnas de 48 líneas en cada página, pero el mismo texto incluye indicaciones claras de que ha sido corregido varias veces. En el año 1844, Constantine Tischendorf descubrió algunas de sus hojas en una papelería en la biblioteca del monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí. Sin embargo, tuvo que esperar hasta 1859 antes de poder ver el Nuevo Testamento entero. Tras obtener la autorización lo trasladó a El Cairo, donde produjo una copia; y en 1862, gracias a la generosidad del emperador ruso Alejandro II, publicó una edición del manuscrito con una introducción y notas críticas.

El Códice Vaticano también puede datarse alrededor de mediados del siglo IV, y al igual que el Aleph, está escrito sobre fina vitela, pero con tres columnas por página, cada una compuesta por 48 líneas. Si bien en origen era una Biblia griega completa, desde entonces perdió partes del Antiguo Testamento y varias secciones grandes del Nuevo Testamento. En este uncial faltan las Epístolas Pastorales, Filemón, la conclusión de Hebreos (de 9:14 hasta el final), y todo el libro del Apocalipsis. Diversos correctores han trabajado sobre el manuscrito, y en el siglo X alguna persona repasó mucho del original, temiendo, aparentemente, que de otro modo las letras pudieran desvanecerse. Las peculiaridades en la ortografía sugieren un origen alejandrino, pero nadie sabe cómo llegó a la Biblioteca Vaticana en Roma. La Biblioteca fue fundada en 1448 por el papa Nicolás V, y este manuscrito está incluido en el catálogo más antiguo, realizado en 1475. Samuel Tregelles intentó consultarlo en 1845, pero sus custodios clericales le pusieron innumerables impedimentos. En 1866, se autorizó a Tischendorf a estudiarlo durante cuarenta y ocho horas, y a partir de su estudio y sus notas se produjo una edición de este manuscrito (Códice B) en 1867. A esto le siguió una edición emitida por las autoridades papales y preparada por Vercellone y Cozza en 1868; y posteriormente, en 1889-90, se puso a disposición de los académicos un facsímil fotográfico.

(3) *Minúsculos*. De éstos existen 2812. Se los denomina "minúsculos" porque no están escritos con mayúsculas sino con minúsculas (llamadas también cursivas). Este estilo de caligrafía había sido utilizado por siglos en los documentos privados, pero no fue hasta el siglo IX que se lo utilizó con fines literarios. Con la demanda de libros del Nuevo Testamento en constante crecimiento, esta caligrafía

tenía la ventaja de demorar menos para escribir, y de ocupar menos espacio sobre el pergamino. A los fines de identificación, se los designa con números ordinarios (1, 2, 3 y así sucesivamente).

Los manuscritos minúsculos, entonces, fueron escritos a partir del siglo IX; pero su fecha más tardía no necesariamente supone que sean menos creíbles que los originales. Los manuscritos del siglo IX pueden haber sido copiados de otros del siglo III. Como observó una vez el profesor Warfield: "No es la mera cantidad de años tras cualquier manuscrito lo que mide su distancia con respecto al autógrafo, sino la cantidad de copias".¹⁹

Estos minúsculos incluyen a los siguientes:

MS 1: un códice del siglo XII, que contiene la totalidad del Nuevo Testamento, aparte del libro del Apocalipsis. MS 4: una copia del siglo XII de los cuatro Evangelios. MS 12: una copia del siglo XI de los cuatro Evangelios. MS 21: del siglo X pero que también contiene los Evangelios. MS 43: una obra del siglo XI en dos volúmenes, el primero de los cuales contiene los Evangelios, y el segundo los Hechos y las Epístolas. MS 330: del siglo XI, contiene los Evangelios, Hechos y las Epístolas. MS 565: una muy fina copia del siglo X de los Evangelios, escrita en letras de oro sobre vitela púrpura.

(4) *Leccionarios*. Un total de 2281, éstos son textos que se remontan hasta el siglo VI, y contienen los Evangelios y Epístolas (Evangelarios y Apóstoles) designados para ser leídos en las primeras iglesias cristianas. La mayoría de ellos usan letras unciales pero algunas son minúsculas; y una vez más, la designación es por números, pero en este caso precedidos por una "I", o la abreviatura "Lecc." (por ejemplo, I59 o Lecc. 1280).

Éstos son manuscritos importantes, no sólo porque algunos de ellos son tempranos, sino también porque se utilizaban para la lectura en los servicios públicos de la Iglesia. *Se debe haber tenido el mayor de los cuidados con estas copias de la iglesia para preservar su pureza original; y el testimonio de un leccionario sería, en efecto, el testimonio de todas las iglesias.* Actualmente, se encuentra que los leccionarios sobrevivientes que han sido examinados concuerdan en un grado sorprendente. La única explicación razonable, con seguridad, es que había un *texto reconocido de leccionario*.

Clasificación

Por lo tanto tenemos una gran cantidad de manuscritos griegos a nuestra disposición, escritos en épocas tan antiguas como el siglo II. Los académicos que los han estudiado sostienen que, si bien hay variantes, ciertos manuscritos tienen muchísimas lecturas en común, lo que sugiere que hay grupos o familias. Los principales tipos de texto son los siguientes: (i) el bizantino (llamado a veces texto tradicional, mayoritario o de Antioquía); (ii) el alejandrino (o lo que algunos han denominado "texto neutral"); (iii) el occidental; y (iv) el cesariense.

Para los fines de este artículo, los dos últimos tipos de texto no requieren un comentario detallado. Fue B. H. Streeter, en *The Four Gospels* (1924), quien primero declaró haber encontrado el texto cesariense. Creía que éste era el texto del Evangelio de Marcos que Orígenes citaba después de 231 d.C., el año en que vino a Cesárea. No obstante, los críticos de texto modernos dudan que pueda llamárselo realmente un tipo de texto diferenciado. Tienden más bien a considerarlo como una mezcla.

Con respecto al tipo de texto occidental, identificado por B. F. Westcott y F. J. A. Hort, que se piensa que se originó en Europa occidental, parecería que hay cierta evidencia de su existencia. Está representado por el Códice de Beza (siglo V), el Códice Claromontano (siglo VI) y las traducciones Latina Antigua y Siriaco-Curetoniana (siglos III y V, respectivamente). También lo citan algunos de los primeros Padres de la Iglesia, como Ireneo, Tertuliano y Cipriano. No obstante, este tipo de texto a menudo difiere radicalmente de todos los demás. Lo desmerecen una cantidad de omisiones, no sólo de

versículos sino de pasajes completos. Su tendencia prevaleciente, sin embargo, es hacer añadidos, ya fuere mediante paráfrasis o a través de la inserción de detalles adicionales. En los Evangelios (especialmente en la última parte del Evangelio de Lucas) es más corto, mientras en los Hechos es mucho más largo (aproximadamente un 10%). Sir Frederic Kenyon lo describió como "un tipo de texto caracterizado por desvíos muy libres de la verdadera tradición". La insuficiencia de respaldo del manuscrito, junto con una multitud de lecturas diferentes, hacen que este tipo de texto sea en el mejor de los casos cuestionable, y en el peor no confiable en absoluto.

Esto en realidad nos deja con dos grupos principales de texto: el bizantino y el alejandrino.

A. El tipo de texto bizantino

Este texto recibe su nombre del hecho de que se lo asoció tempranamente con la capital imperial de Constantinopla, llamada anteriormente Bizancio, y también debido a que se transformó en el texto estándar de la Iglesia cristiana a lo largo de todo el periodo bizantino, 312-1453 d.C. (y en realidad mucho tiempo después). Antes de su entronización en la capital oriental, no obstante, esta forma de texto había sido conservada en Antioquía, capital de la provincia romana de Siria. Los maestros cristianos conectados con la iglesia allí claramente lo utilizaban. Entre ellos se incluyen Basilio de Cesárea, Gregorio de Nisa, Gregorio de Nazianzo (los Padres Capadocios), Teodoreto de Ciro y Crisóstomo de Constantinopla (quién se trasladó desde Antioquía para ser obispo de Constantinopla en 398 d.C.).

El tipo de texto bizantino tiene *abrumador respaldo de los manuscritos griegos*. En los primeros papiros hay una cantidad muy importante de lecturas claramente bizantinas. Los papiros P45 y P46 de la colección Chester Beatty contienen tales lecturas, al igual que el P66 de la colección de la Biblioteca Bodmer. El profesor H. A. Sturz pudo enumerar *150 lecturas bizantinas con respaldo de papiros antiguos*.²⁰ Esto muestra con claridad que, al contrario de las opiniones de los primeros críticos textuales, las lecturas bizantinas pueden remontarse incluso hasta el siglo II.

Entre los unciales, este texto se encuentra en los códices Alejandrino (A-02; bizantino en los Evangelios), y Ephraemi (C-01), del siglo V, y en prácticamente todos los posteriores. Se estima que aproximadamente el 95% de los manuscritos unciales tiene un tipo de texto bizantino. Puede afirmarse incluso más para los minúsculos, dado que casi todos ellos son bizantinos en sus lecturas.

Los leccionarios examinados hasta aquí también brindan respaldo al tipo de texto bizantino.

(1) Con respaldo de las primeras versiones

Éstas eran las primeras traducciones de las Escrituras del Nuevo Testamento, preparadas para ayudar a difundir la fe cristiana entre los pueblos del mundo. Entre los primeros que se conocieron entre nosotros están las versiones siríaca (o aramea) y latina, que se remontan a mediados del siglo II. La Peshitta, "Reina de las versiones", es una de las primeras traducciones siríacas, y ciertamente contiene lecturas bizantinas. Esto también es verdad con respecto a la versión gótica del siglo IV, que se dice fue traducida por Ufilas, obispo de Antioquía.

(2) Confirmado por los primeros Padres

Los críticos que niegan la primacía del texto bizantino, y que prefieren verlo como una revisión del siglo cuarto, a menudo mencionan el hecho de que ningún Padre de la Iglesia primitiva antes de Crisóstomo (347-407 d.C.) parece ni siquiera haberse referido a él, no ya citarlo. Ahora bien, esto simplemente no es verdad. La investigación académica meticulosa ha demostrado que Justino Mártir (100-165 d.C.),

Ireneo (130-200 d.C.), Clemente de Alejandría (150-215 d.C.), Tertuliano (160-220 d.C.), Hipólito (170-236 d.C.), e incluso Orígenes (185-254 d.C.) citan repetidamente del texto bizantino. Edward Miller, tras clasificar las citas de los Padres griegos y latinos que murieron antes de 400 d.C., encontró que sus citas respaldaban el texto bizantino 2630 veces (y otros textos sólo 1753 veces). Más aún, al someter pasajes importantes a examen, encontró 530 testimonios para el texto bizantino (y sólo 170 a favor de sus oponentes). Ésta fue su conclusión: "La predominancia original del texto tradicional se muestra en la lista de los primeros Padres. Su registro prueba que en sus escritos, y así por lo general en la Iglesia, la corrupción se había hecho sentir en los primeros tiempos, pero que las aguas puras habían generalmente prevalecido... La tradición también se continúa a través de la mayoría de los Padres que los sucedieron. No hay interrupción ni intervalo: el testimonio es continuo".²¹

El hecho simple es que para el siglo IV el texto bizantino estaba emergiendo como el texto autoritativo del Nuevo Testamento, y durante los siguientes 1200 años (y más) rigió sin cuestionamientos sobre toda la cristiandad.

(3) El Nuevo Testamento griego impreso

El Nuevo Testamento griego se imprimió por primera vez en 1514, si bien no fue publicado en una edición separada hasta 1522. Fue obra de Francisco Ximenes, Cardenal Primado de España, y formaba parte de su Políglota Complutense en seis volúmenes. En su Dedicatoria al papa León X, Ximenes escribió: "Sin duda estamos en deuda por las copias griegas con Su Santidad, que tan gentilmente nos envió códices muy antiguos de la Biblioteca Apostólica, del Antiguo y el Nuevo Testamento; nos han sido de mucha ayuda en esta tarea". El texto griego resultante parece haber sido del tipo bizantino (y no hay evidencia de que Ximenes alguna vez siguiera el Códice Vaticano [B]).

En 1516, cuando Desiderio Erasmo, el principal académico de Europa, publicó la primera edición del Nuevo Testamento griego, lo basó en manuscritos representativos bizantinos. Erasmo publicó cuatro ediciones más de su obra, en 1519, 1522, 1527 y 1535. Otros siguieron pronto sus pasos, muy notablemente Robert Estienne (latinizado como Stephanus), el editor e impresor francés, cuyo texto publicado en 1546 era prácticamente idéntico al de Erasmo. Hubo tres ediciones subsiguientes en 1549, 1550 y 1551. Otras ediciones fueron editadas y publicadas por Teodoro Beza entre 1565 y 1604. Posteriormente, en 1624, Bonaventure y Abraham Elzevir publicaron su edición. El Prefacio a la segunda edición de los Elzevir, publicada en 1633, contiene las palabras: "Por lo tanto tenéis ahora un texto recibido por todos, en el cual no damos ninguna alteración ni corrupción." De aquí vino la expresión actualmente familiar "*El Texto Recibido*".

El texto bizantino fue *el texto subyacente a todas las grandes Biblias protestantes en inglés*, incluso las asociadas con los nombres de William Tyndale (1525), Miles Coverdale (1535), John Rogers (1537) y Richard Taverner (1539), así como las conocidas como la Gran Biblia (1539), la Biblia de Ginebra (1560), la Biblia del Obispo (1568), y por supuesto, la Versión Autorizada (1611); y la Reina en español, la Karoli en húngaro, la Luther en alemán, la Olivetan en francés, la Statenvertaling en holandés, la Almeida en portugués y la Diodati en italiano.

Resumiendo, los argumentos a favor del texto bizantino son los siguientes:

1. Este tipo de texto se asocia *con la ciudad de Antioquía en Siria*. Tras la muerte de Esteban, los cristianos de Jerusalén abandonaron esta ciudad y comenzaron a predicar el Evangelio a los griegos allí (Hechos 11:19,20). Surgió una iglesia fuerte, en gran parte a través de los ministerios de Bernabé y Pablo (Hechos 11:22-26), y desde esta iglesia el apóstol comenzó cada uno de sus viajes misioneros (Hechos 13:1-3, 15:35,36, 18:22,23). Otros apóstoles visitaron el lugar, incluido el apóstol Pedro (Gálata 2:11,12). No pasó mucho tiempo antes que Antioquia se convirtiera en la ciudad madre de las iglesias gentiles, y tras la caída de Jerusalén en 70 d.C., se transformó en el verdadero centro irrefutable

de la Cristiandad. Un texto procedente de Antioquía habría sido el texto aprobado por los apóstoles y la Iglesia cristiana primitiva.

2. Como ya se ha observado, este texto recibió su nombre de Constantinopla (Bizancio), la capital del Imperio de Oriente, porque pronto quedó allí establecida como el texto griego estándar. Constantinopla era el centro tanto del mundo de habla griega como de la Iglesia de habla griega, porque en tanto en Occidente el griego había cedido el lugar al latín, en Oriente seguía siendo el idioma oficial y común. Por supuesto, esto significaba que *los académicos griegos de Constantinopla estaban especialmente preparados para reconocer y reproducir el texto auténtico.*

3. *Durante el siglo IV, cuando este texto se convirtió en supremo, la Iglesia fue bendecida con académicos excepcionales* como Metodio (260-312 d.C.), Atanasio (296-373), Hilario de Poitiers (315-67), Cirilo de Jerusalén (315-386), y Gregorio de Nazianzo (330-394). Estos hombres, y otros como ellos, participaron en la formulación de la doctrina ortodoxa y la ratificación del canon del Nuevo Testamento. También se dedicaron al estudio del texto; y tenían una ventaja con respecto a los críticos posteriores debido a su acceso a muchos manuscritos tempranos e invaluables que hace mucho han desaparecido. La emergencia de un texto predominante de este periodo es sumamente significativa. Obviamente se lo consideró el texto genuino, incorrupto y autorizado.

4. Se designó a los judíos guardianes de las revelaciones divinas que se les habían impartido y, en cumplimiento de la verdad que se les había confiado, ellos preservaron cuidadosamente el texto del Antiguo Testamento incorrupto y completo (el texto masorético hebreo). Como ha observado el apóstol Pablo, "la palabra de Dios les ha sido confiada" (Romanos 3:2). Ahora es razonable suponer que *las Escrituras del Nuevo Testamento fueron entregadas a cristianos profesantes o a la Iglesia cristiana profesante.* La pregunta que surge naturalmente es: ¿Qué tipo de texto, en términos generales, ha reconocido y propagado la Iglesia desde los primeros tiempos? La respuesta es: el tipo de texto conocido como bizantino.

5. El hecho es que *aproximadamente el 90% de los manuscritos griegos representan el tipo de texto bizantino.* Si bien estos manuscritos no son tan antiguos como algunos críticos lo habrían deseado, son tan numerosos que debemos asumir que hubo literalmente cientos de documentos fuente más antiguos, muchos de los cuales pertenecían a los primeros tiempos cristianos. De algún modo este hecho tiene que ser explicado; y no es para nada satisfactorio persistir con la argumentación, contra la evidencia creciente, de que el texto bizantino no aparece en la historia hasta el siglo IV. Este texto es temprano. Se difundió ampliamente porque representaba fielmente al original.

6. *Siempre se ha ejercido un cuidado providencial hacia la Verdad de Dios, porque los creyentes han necesitado esa Verdad en una forma exacta y correcta* (Mateo 24:35; 1 Pedro 1:23,25). Por lo tanto, la Palabra entregada por la inspiración ha sido la misma que se publicó posteriormente (Salmos 68:11).

Es inconcebible que Dios fuera a entregar un texto totalmente corrupto y mutilado a Su pueblo, y luego permitiera que ese texto fuera usado por ellos durante más de dieciocho siglos. ¡Y esto es exactamente lo que algunos críticos textuales modernos nos querrían hacer creer! "Debe recordarse", escribe el Dr. Owen, "que la copia vulgar que utilizamos (el Texto Recibido) fue la posesión pública de muchas generaciones...; dejemos entonces que esa tenga el carácter de estándar, que es indudablemente su derecho y su obligación, y rápidamente veremos, Dios mediante, que poca razón hay en pretender tales variedades de lecturas como con las que ahora nos sorprendemos".²²

7. Es razonable suponer que *Dios actuó de manera similar con respecto a los textos del Antiguo y Nuevo Testamento.* Su método con el Antiguo Testamento fue preservar el texto, en una forma prácticamente inalterada, a través de muchas generaciones. El resultado, como claramente enseñaron Cristo y sus apóstoles, fue un Libro en el cual cada letra y parte de letra era sagrada (Mateo 5:18; cf. Juan 10:35). Cuando se complementó su antigua revelación, Dios procedió del mismo modo: Él infaliblemente registró

Su última Palabra, la puso en posesión de Su Iglesia, y luego *se aseguró de que pasara a través de los siglos sucesivos, incluso hasta el presente*. "Mas la palabra del Señor permanece perpetuamente" (1 Pedro 1:25).

B. El tipo de texto alejandrino

Este es un grupo muy pequeño de manuscritos. Las peculiaridades ortográficas indican que están asociados con Alejandría en Egipto; y no sorprendentemente, las lecturas de este tipo de texto se encuentran en los primeros papiros egipcios (por ejemplo, P46, P47). Sus principales representantes, sin embargo, son el Códice Sinaítico (o Códice Aleph) y el Códice Vaticano (o Códice B).

El respaldo para este tipo de texto procede de los Padres alejandrinos, sobre todo de Orígenes (185-254 d.C.) y Cirilo (376-444).

Aquí deben observarse varias cosas:

1. Este tipo de texto *se originó en Alejandría, Egipto*. La Escritura no nos da ninguna indicación de que alguna vez hubiera una presencia apostólica en esos sitios, pero la historia de la iglesia revela que muchos herejes notorios vivieron y enseñaron allí, entre ellos gnósticos como Basíledes, Isidoro y Valentín. Lo que proceda de este lugar debe ser considerado con cierta reserva.

2. Existe una *clara evidencia de revisión* por la redistribución de sus palabras. B. H. Streeter sugirió que el editor fue un obispo egipcio llamado Hesiquio.²³ Esto significa que si bien se hacen grandes apelaciones en su favor, este tipo de texto no puede ser considerado como singularmente "puro".

3. Los dos grandes representantes de este tipo de texto, los códices Aleph (Sinaítico) y B (Vaticano) son *de una calidad extremadamente pobre*. Al ser examinado por el Dr. F. H. A. Scrivener, se dijo que el Códice Aleph estaba "someramente escrito", y "lleno de groseros errores de transcripción", tales como "la omisión de líneas completas del original". Se encontró que el Códice B, si bien "con menos errores", era "proclive a equivocarse", con "errores del carácter más palpable".²⁴

4. Estos manuscritos principales muestran sus corrupciones *al discordar de sí mismos literalmente en miles de sitios* (3000 veces solamente en los Evangelios).

5. El texto consignado por los códices Aleph (Sinaítico) y B (Vaticano) *varía con respecto a la abrumadora mayoría de los manuscritos griegos*. No sólo está limitado a una familia muy pequeña de manuscritos, sino que se ha estimado que hay alrededor de 6000 diferencias entre los textos alejandrinos y bizantinos.

6. Es verdad que en el código B (Vaticano) hay una pérdida grave de texto, pero considerando su antigüedad (mediados o fines del siglo IV), estos dos unciales están en un estado notablemente bueno. Dado que los manuscritos más exactos de esta época desaparecieron a causa del uso, puede suponerse que éstos fueron *rechazados como defectuosos*, y en consecuencia *no se utilizaban en la iglesia primitiva*.

7. Respalda esta conclusión el hecho de que *verdaderamente se hicieron muy pocas copias a partir de ellos*. Como afirma el Dr. Gordon Clark: "Si varios manuscritos tienen un único antepasado, esto implica que varios copistas consideraron que ese antepasado era fiel a los autógrafos. Pero si un manuscrito carece de una progenie numerosa, como es el caso con el antepasado del código B, se puede sospechar que los primeros escribas pusieron en duda su valor. Posiblemente los primeros cristianos ortodoxos sabían que B estaba corrupto."²⁵

Los críticos atacan el texto bizantino

En el último siglo, dos académicos de Cambridge, B. F. Westcott y F. J. A. Hort, elaboraron una *teoría radicalmente nueva* sobre la transmisión temprana del texto del Nuevo Testamento. Argumentaron que el mejor texto era en realidad el alejandrino (al que llamaron el "texto neutral"), representado por los códices Aleph y B. Como esos dos manuscritos eran ligeramente más antiguos que otros, ellos sostuvieron que su ancestro común era cercano al original inspirado. Si bien la pureza absoluta no estaba adscrita a este texto, Westcott y Hort estaban preparados para decir: "Creemos que (1) las lecturas de Aleph y B deben ser aceptadas como las verdaderas lecturas hasta encontrar sólida evidencia interna en contrario, y (2) que ninguna lectura de Aleph y B puede ser rechazada con certeza en forma absoluta, aunque a veces es correcto colocarlas solamente en una posición alternativa, especialmente donde no reciben respaldo de las Versiones o los Padres".²⁶

El texto bizantino (llamado "texto sirio") contenía, según pensaban, "lecturas fusionadas", es decir, combinaciones de lecturas más antiguas; y consideraban que se habían originado en una revisión en dos etapas producida en Antioquía o cerca de ella en el siglo IV. Admitiendo que se trata únicamente de una "suposición", adelantaron la opinión de que "la creciente diversidad y confusión de textos griegos llevó a una revisión autoritativa en Antioquía", y más tarde "a una segunda revisión autoritativa". El proceso completo, según ellos, se completó en 350 d.C.; e incluso presentaron la sugerencia de que Luciano de Antioquía (martirizado en 312) puede haber participado en la revisión más antigua.

La teoría contiene serios errores. Si bien los críticos y las versiones aún se refieren a "los manuscritos mejores y más antiguos", la frase en conjunto mueve a confusión, porque en este debate en particular, los "más antiguos" son en realidad los "peores". Con respecto a las "lecturas fusionadas" en el texto bizantino, jamás se ha presentado una evidencia convincente en su respaldo (incluso, tras veintiocho años de estudio Westcott y Hort sólo pudieron exhibir ocho ejemplos). De todas maneras, largas lecturas no prueban una interferencia posterior con el texto. El profesor Sturz ha demostrado que algunas de estas lecturas están respaldadas por los papiros más antiguos (las lecturas más largas de Juan 10:19 y 10:31, por ejemplo, están respaldadas por P66).²⁷ Esto nos lleva a la conclusión de que el defecto está en el texto alejandrino. Se lo acusa de acortar el texto bizantino. ¿Qué pasa entonces con la así llamada "recensión luciánica"? No hay ninguna prueba de que alguna vez haya tenido lugar.

Westcott y Hort asumieron la tarea de preparar un texto griego revisado. Ocurre que también eran miembros del comité, designado por la Convocación de Canterbury en 1880, para preparar una edición revisada de la Biblia en inglés. Si bien su texto griego todavía no había sido publicado, se puso a disposición de los revisores una copia para pruebas; y cuando en 1881 apareció el Nuevo Testamento de la Versión Revisada, fue evidente de inmediato que el texto griego de Westcott y Hort no sólo había tenido una gran influencia en el comité, sino que también se lo había seguido en general en la Versión Revisada del Nuevo Testamento en inglés.

Este texto Hort/Westcott fue el precursor de lo que se conoce hoy como el Texto Nestle/Aland (Sociedades Bíblicas Unidas), que ha usurpado el lugar del texto bizantino o tradicional, y a continuación formó la base de prácticamente todas las versiones modernas. La Nueva Versión Internacional, por ejemplo, si bien en su prefacio declara seguir un texto griego "ecléctico" (es decir, compilado a partir de diversos manuscritos), procede de inmediato a informar al lector que "donde los manuscritos existentes difieren, los traductores han hecho su elección de lecturas según los principios aceptados de la crítica textual del Nuevo Testamento". La adopción de "principios" fundamentalmente defectuosos ha significado que el texto resultante sea muy similar al producido en 1881 por Westcott y Hort.

Malcolm Watts, miembro del Comité General de la Sociedad Bíblica Trinitaria, nació en 1946 en Barnstaple, North Devon, Inglaterra. Educado en un hogar cristiano, fue llamado por la gracia en su adolescencia y, posteriormente, llamado al ministerio. Estudió en el London Bible College entre 1967-70, y desde 1971 ha sido el ministro de Emmanuel Church, Salisbury. Él y Gillian se casaron en 1976, y tienen dos hijas, Lydia y Naomi.

Referencias

¹ James Bannerman, *Inspiration: the Infallible Truth and Divine Authority of the Holy Scriptures* (Edinburgo: T & T Clark, 1865), pág. 158.

² Louis Gaussen, *Divine Inspiration of the Bible* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1971. Publicado en en Edinburgo en 1842 bajo el título, *Theopneustia: The Bible, its Divine Origin and Entire Inspiration, Deduced from Internal Evidence and the Testimonies of Nature, History, and Science*), pág. 34.

³ Esta era la posición de los comentaristas más antiguos, Piscator, Poole, Clarke, Gill, y otros. Más recientemente, ha sido mantenida por el Dr. Greg L. Bahnsen en "The Inerrancy of the Autographa", capítulo incluido en el simposio titulado *Inerrancy*, editado por el Dr. Norman L. Geisler (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1980), pág. 167.

⁴ William Henry Green, *General Introduction to the Old Testament: The Canon* (Londres: John Murray, 1899), pág. 11.

⁵ Puede encontrarse más información sobre el estado del texto en este periodo en John H. Skilton, "The Transmission of the Scriptures", en *The Infallible Word: a Symposium by the Members of the Faculty of Westminster Theological Seminary* tercera impresión revisada (Filadelfia: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1967) pág. 153 y sig. Véase también Thomas Hartwell Horne, *An Introduction to the Critical Study and Knowledge of the Holy Scriptures*, séptima edición, (Londres: T. Cadell, 1834), 2:34.

⁶ Roger Nicole, "New Testament Use of the Old Testament", en *Revelation and the Bible*, Carl F.H. Henry, ed. (Londres: The Tyndale Press, 1959), pág. 142-43. Véase también los comentarios de Walter C. Kaiser Jnr, *The Uses of the Old Testament in the New* (Chicago: Moody Press, 1985), pág. 4 y sig.

⁷ Skilton, pág. 143.

⁸ Padres prenicenos, Tertuliano, *On Prescription against Heretics*, cap. 36 (Grand Rapids: William Eerdmans Publishing Company, 1979), 3:260.

⁹ Dr A. Cleveland Coxe, que editó las obras de Tertuliano para la edición original de Edinburgo, concede en una nota al pie que la "tan disputada frase" ("sus propios escritos auténticos") puede referirse a los autógrafos o a los originales griegos. No obstante, piensa que "probablemente" la referencia concierne a "copias completas sin mutilar". Edward Miller (quien editó varias de las obras de Dean Burgon), parece haber creído que Tertuliano aludía a los manuscritos originales. Él escribió: "Tertuliano, al argumentar con herejes, les ordena consultar los autógrafos de los APóstoles en Corinto, o Tesalónica, o ñEfeso, o Roma, donde se los conserva y lee en público" (*A Guide to the Textual Criticism of the New Testament* [Londres: George Bell and Sons, 1886], pág. 72).

¹⁰ Padres prenicenos, Policarpo, *The Epistle of Polycarp to the Philippians*, cap. 12, 1:35.

¹¹ J.P. Lilley, *The Pastoral Epistles* (Edinburgo: T & T Clark, 1901), pág. 216.

¹² Caspar Rene Gregory, *Canon and Text of the New Testament* (Edinburgo: T. & T. Clark, 1907), pág. 309. El Dr. Gregory comenta: "Nadie imaginará ... que sólo esas cartas y no el libro del Apocalipsis debían ser enviado a las iglesias, porque ese versículo (Apocalipsis 1:11) dice que Juan deberá escribir en el libro lo que ve, es decir las visiones que siguen, y enviarlo a las iglesias" (pág. 310).

¹³ La historia eclesiástica y los mártires de Palestina, Eusebio, *Ecclesiastical History*, libro 3, cap. 37. (Londres: Society for Promoting Christian Knowledge, 1928).

¹⁴ *Ibid.*, libro 4, cap. 23.

¹⁵ *Ibid.*, libro 5, cap. 28.

¹⁶ Tertuliano, cap. 38, 3:262.

¹⁷ Padres prenicenos, Ireneo, *Irenaeus against Heresies*, libro 5, cap. 30, sect. 1, 1:558.

¹⁸ Kurt y Barbara Aland, *The Text of the New Testament: an Introduction to the Critical Editions and to the Theory and Practice of Modern Textual Criticism*, 2da. ed., 1989. Citado por Bruce M. Metzger en *The Text of the New Testament: Its Transmission, Corruption, and Restoration*, tercera edición ampliada (Oxford: Oxford University Press, 1992), pág. 262.

¹⁹ Benjamin B. Warfield, *An Introduction to the Textual Criticism of the New Testament* (Londres: Hodder and Stoughton, 1886), pág. 110, 111. ²⁰ Harry A. Sturz, *The Byzantine Text-Type and New Testament Textual Criticism* (Nashville, TN: Thomas Nelson Publishers, 1984), pág. 61 y sig., 145 y sig.

²¹ Edward Miller en "The Antiquity of the Traditional Text", en John William Burgon, *The Traditional Text of the Holy Gospels Vindicated and Established* (Londres: George Bell and Sons, 1896), pág. 121.

²² John Owen, "Of the Integrity and Purity of the Hebrew and Greek Text of the Scripture", en *The Works of John Owen* (Londres: The Banner of Truth Trust, 1968), 16:366.

²³ B. H. Streeter, *The Four Gospels: A Study of Origins*, revisado a partir de la edición de 1924 (Londres: Macmillan & Co. Ltd, 1956), pág. 112 y sig., 121 y sig.

²⁴ F. H. A. Scrivener, *Six Lectures on the Text of the New Testament and the Ancient Manuscripts* (Cambridge: Deighton, Bell, and Co., 1875), pág. 41, 43.

²⁵ Gordon H. Clark, *Logical Criticisms of Textual Criticism* (Jefferson Maryland: The Trinity Foundation, 1986), pág. 15.

²⁶ B. F. Westcott y F. J. A. Hort, *Introduction to the New Testament in the Original Greek* (Massachusetts: Hendrickson Publishers, 1988. Publicado originalmente por Harper and Brothers, Nueva York, 1882), pág. 225.

²⁷ Sturz, pág. 84.